

¿qué sociedad, qué educación, qué sindicato?

Marina Subirats Martori. Doctora en Filosofía y Sociología por la Universidad de Barcelona. Amplió sus estudios en la "École Pratique des Hautes Etudes" de Paris. Ha sido Catedrática de Sociología de la UAB, Directora de la encuesta Metropolitana de Barcelona, Directora del Instituto de la Mujer del Ministerio de Asuntos Sociales y Concejal de Educación del Ayuntamiento de Barcelona. Ha escrito diversos libros y numerosos artículos sobre aspectos de género, educación y estructura social de Catalunya. Actualmente es Catedrática emérita de Sociología de la UAB y Presidenta de la Asociación Coeducació que trabaja con centros educativos y ayuntamientos para promover una educación igualitaria.

Mesa redonda I

De géneros obsoletos y de la necesidad de la coeducación

Vemos hoy aparecer un conjunto de fenómenos sociales que se atribuyen, en forma muy corta de miras, a comportamientos individuales más o menos desviados y habitualmente destructivos. Ello sucede a menudo en el mundo educativo: acoso a determinadas chicas y chicos, enfrentamientos con el profesorado, fracaso escolar, embarazos tempranos, etc.; y, en la población adulta, violencia machista, conductas agresivas de los chicos, de los hombres en determinadas circunstancias, etc. Cuando investigamos sobre este tipo de conductas nos damos cuenta que no se trata de problemas psicológicos, originados por patologías individuales, sino que se derivan de pautas culturales y sociales muy extendidas. Es decir, que tienen relación con las normas de los géneros, el masculino y el femenino, que transmitimos a las nuevas generaciones, de manera habitualmente no consciente.

Por ello, para ir a la raíz de unos tipos de conductas que necesitamos erradicar, porque de otro modo son enormemente destructoras para las mujeres, pero incluso más para los hombres, es necesario estudiar los actuales géneros y las formas en que son transmitidos, y a la vez es necesario debatir sobre cómo deberían cambiar y cómo es posible hacerlo.

En relación a estos objetivos apuntaré algunas ideas, por si pueden ser útiles para el profesorado. Respecto de los géneros: la primera necesidad es entender que son los géneros actuales, como no podemos identificarlos al sexo y cómo los géneros, que son modelos culturales presentes en todas las sociedades, pueden y deben cambiar.

Al comenzar el análisis sobre los géneros aparecen rápidamente algunos hechos: los actuales modelos de género –cómo deben comportarse los hombres, cómo deben comportarse las mujeres– son totalmente obsoletos. Fueron creados en el pasado, en sociedades con muchas carencias, con una fuerte división sexual del trabajo y con unas necesidades completamente distintas a las nuestras. Hoy la sociedad cambia muy rápidamente: nuestra mentalidad evoluciona mucho más lentamente, y ello crea situaciones de sufrimiento innecesario a las personas. Es por ello que debemos acelerar también el cambio en las mentalidades y sobre todo en los hábitos, mucho más potentes, a la hora de actuar, que nuestras propias convicciones.

Dicho muy sintéticamente: la esencia de la masculinidad que se sigue inculcando a los niños, desde su nacimiento, es la del guerrero; el individuo fuerte que se impone sobre su entorno, que manda, que triunfa, que pelea, que compite. Que puede ser capaz de morir y matar, porque no tiene miedo, porque disfruta peleando. Y esta esencia tiene como corolario la incapacidad de empatía, de piedad, de volcarse en el otro; el guerrero debe anteponer siempre sus objetivos a cualquier otro interés.

El problema reside en que hoy no necesitamos guerreros, por suerte; fabricar guerreros es hoy fabricar unos personajes competitivos sin escenario real en el que desarrollar su lucha. Y que por ello, en muchos casos, acabarán actuando en forma destructiva sobre su entorno o sobre sí mismos, en el afán de imponerse y mostrar unas capacidades que ya nadie necesita. De aquí que encontremos, por ejemplo, una tasa muy superior de muertes masculinas que femeninas, especialmente en las edades jóvenes; y que estas muertes sean, en la gran mayoría de los casos, resultado de haber asumido unos riesgos totalmente innecesarios. Y no sólo para sí mismos: también las mujeres corren riesgos innecesarios, visibles a través de toda la violencia machista que se desarrolla sobre nosotras.

En cuanto al género femenino, su evolución ha sido mayor, como corresponde a las características de todo grupo dominado, más capaz de cambiar porque en el cambio encuentra esperanza. Sin embargo, asistimos también a una serie de retrocesos que tienden a anclar a las mujeres en el género tradicional: el papel de objetos sexuales, cuya felicidad depende de los hombres, y que, por lo tanto, sea cual sea su posición profesional o pública, aceptan seguir sujetas a la dominación privada. Y todo ello no a partir de la represión, frente a la cual sería relativamente fácil la resistencia, sino a través de la seducción y el glamour, elementos frente a los cuales las mujeres son más vulnerables.

Esta socialización femenina tiene también graves consecuencias negativas sobre las mujeres. Inseguridad, sentimiento de culpa, baja autoestima, continua búsqueda de aprobación por parte de algún hombre, etc. Un conjunto de características que dañan a las mujeres, que dificultan su pleno desarrollo personal e incluso su plena participación en el mundo público.

Hoy es necesario cambiar estos géneros, estos estereotipos, y es necesario para librar de sus consecuencias a mujeres y a hombres. La dificultad está en cómo hacerlo, cuando los poderes públicos no han establecido una política clara respecto a ello. Porque los cambios deben producirse sobre todo en el ámbito educativo; el sistema educativo es el que la sociedad destina a una correcta socialización y educación de las nuevas generaciones, y es el lugar adecuado para emprender este aspecto del cambio cultural. A través de lo que llamamos coeducación, que no sólo es la educación mixta sino, mucho más allá de ella, el cambio cultural que ha de permitir la superación de los géneros antiguos y por lo tanto la prevención de la violencia, tanto en el ámbito escolar como en el conjunto de la vida social.

Dicho muy sintéticamente: la esencia de la masculinidad que se sigue inculcando a los niños, desde su nacimiento, es la del guerrero; el individuo fuerte que se impone sobre su entorno, que manda, que triunfa, que pelea, que compite